

CYNTHIA OZICK

Los papeles de Puttermesser

Traducción de Ernesto Montequin

Título original: *The Puttermesser Papers*

© 1998 Cynthia Ozick

© 2014 Ernesto Montequin, traducción

© 2014 Mardulce

www.mardulceeditora.com.ar

Diseño de colección y cubierta: trineo.com.ar

ISBN: 978-84-942869-2-6

Depósito legal M-28105-2014

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin previo aviso a los titulares del copyright

Impreso en España. Printed in Spain

ficción



Para
Elaine, Esther,
Francine, Gloria, Helen,
Johanna, Lore,
Merrill, Norma, Sarah,
Susan, Susanne

Flaubert no construye sus personajes como lo hacía Balzac, mediante una descripción externa y objetiva; de hecho, siente tan poca preocupación por su apariencia exterior que, en una ocasión, le pone a Emma ojos castaños, en otra, negro profundo, y en otra, azules.

Comentario de la doctora Enid Starkie,
citado (con aire reprobatorio) por
Julian Barnes en *El loro de Flaubert*.

Los papeles de Puttermesser

Puttermesser: su historia laboral,
sus antepasados, su vida póstuma

Puttermesser y Jantipa

Puttermesser en pareja

Puttermesser y la prima moscovita

Puttermesser en el Paraíso

Puttermesser: su historia laboral,
sus antepasados, su vida póstuma

Puttermesser tenía treinta y cuatro años de edad; era abogada. En cierto modo era también feminista, pero no extrema, aunque detestaba que agregaran “señorita” delante de su nombre; lo consideraba decididamente discriminatorio: quería ser una abogada entre abogados. Si bien no era virgen, vivía sola, pero extrañamente en el Grand Concourse del Bronx, rodeada de los padres decrepitos de otra gente. Los padres de Puttermesser se habían mudado a Miami Beach. Con los pies enfundados en pantuflas peludas, resabios de sus años de colegio secundario, deambulaba por el laberíntico e interminable departamento en el que había vivido toda su vida y en el que todavía se amontonaban, en el atril del piano, partituras amarillentas donde su profesora había marcado los pasajes que debía practicar. Puttermesser siempre iba un poco más allá de las tareas que le asignaban, aun en sus días de escuela. Sus maestras decían a su madre que Puttermesser era una niña “altamente motivada” y “orientada hacia el cumplimiento de los objetivos”. También que tenía

“empuje académico”. Su madre anotaba todas estas frases en un cuaderno, que conservó toda su vida y que llevó con ella a Florida en caso de que muriera allí. Puttermesser tenía una hermana menor que también era altamente motivada pero que se había casado con un indio, un farmacéutico parsi, y se había ido a vivir con él a Calcuta. Su hermana ya tenía cuatro niños y siete saris de telas diferentes. Puttermesser, en cambio, continuó sus estudios. En la facultad de leyes la llamaban tragalibros; era una competidora compulsiva, una ego-céntrica obsesionada por el éxito. Pero no era una cuestión de ego; ella buscaba resolver algo, aunque no supiese qué. En el fondo del armario donde guardaba la ropa de cama, encontró una pila de esos cartones que antiguamente venían con las camisas de su padre (su madre era previsor, o más bien tacaña: en algún cajón de la cocina Puttermesser solía encontrar cada tanto viejos papeles encerados, doblados en cuatro, ajados hasta perder el color, con olor a queso y que alojaban pequeños excrementos de gusanos inidentificables). De modo que Puttermesser guardaba debajo de la cañería del baño las palabras cruzadas de la edición dominical del *New York Times*, abrochadas a esos cartones, y trabajaba en ellas indiscriminadamente. Jugaba ajedrez contra sí misma y siempre ganaba con el color con el que había decidido identificarse. Tenía un fichero en el que organizaba casos de juicios civiles imaginarios. No es que pretendiera recordarlo todo: las situaciones –tenía la tendencia de llamar “situaciones” a los problemas intelectuales– se deslizaban dentro de su mente como la miel en una botella.

Un día recibió una carta de su madre desde Florida:

Querida Ruth:

Sé que no creerás esto pero juro que es verdad. El otro día papá estaba caminando por la avenida y a quién se encontró sino a la señora Zaretsky, la flaca de Burnside, no la regordeta de Davidson, ¿recuerdas a su hijo, Joel? Bueno, está divorciado y no tiene hijos, gracias a Dios es libre como un pájaro; como se dice, su ex, pobrecita, no podía tener hijos. Él se hizo los análisis y está sano. Es solo un contador no demasiado bueno para ti porque Dios sabe que nunca olvidaré el día en que te publicaron un artículo en la Revista de Leyes, pero deberías venir aquí para ver en qué tipo tierno se ha transformado. Toda tragedia tiene su lado bueno; la señora Zaretsky dice que él viene prácticamente cada vez que ella lo llama a larga distancia. Papá dijo a la señora Zaretsky bueno, un contador, no se esmeraron demasiado en educar a su hijo de todos modos, con las hijas es diferente. Pero querida no te tomes esto tan a pecho, papá está tan orgulloso como yo de tus logros. Por qué no escribes, no hemos tenido noticias de ti desde hace mucho tiempo; cuando una está ocupada, está ocupada, pero los padres son los padres.

Puttermesser tenía una cara judía y cierta desconfianza norteamericana hacia su propio aspecto. No se parecía a ningún anuncio que hubiese visto: odiaba a la chica del champú Breck, tan rubia, tan suave y con los labios tan pálidos; por culpa de esos anuncios que veía en el subterráneo, llenos de rubias burdamente idealizadas –el sueño húmedo norteamericano–, boicoteaba el champú Breck. El pelo

de Puttermesser crecía en ondas esponjosas, en varias capas superpuestas desde la raíz hasta las puntas, como las tejas imbricadas de un techo. Era casi negro y a veces tendía a erizarse. Su nariz era gruesa, con orificios desiguales y bien provistos de vello; el derecho notoriamente más ancho que el otro. Sus ojos eran pequeños, con pestañas cortas, invisibles. Tenía párpados caídos, de ascendencia mongol. Era una de esas caras judías con una vaga matriz oriental. Teniendo en cuenta todo esto, era evidente que no era fea. Tenía buena piel, que hasta ahora solo presentaba unas pocas arrugas, marcas o signos de una flacidez futura. Tenía un mentón agradable y mejillas de bebé que solo se notaban cuando tenía la cabeza hundida en un libro.

En la cama estudiaba gramática hebrea. Las transformaciones de la raíz de tres letras le producían euforia: ¿cómo era posible que toda una lengua, por ende toda una literatura, más aún toda una civilización, descansara en la sola presencia de tres letras del alfabeto? En hebreo, el verbo tenía un mecanismo sorprendente: tres letras, siempre las fatídicas tres, podían abarcar todas las posibilidades mediante un simple cambio en su pronunciación o en la adición de prefijos y sufijos. Toda locución imaginable emergía de esa trinidad. A ella le parecía no tanto una lengua para expresarse como un código para diseñar el mundo, indisoluble, predefinido, transparente. La idea de una gramática del hebreo transformaba el cerebro de Puttermesser en un palacio, en una suerte de Vaticano; ella transitaba por sus corredores, de un tríptico resplandeciente a otro.

Escribió una carta a su madre para explicarle que no via-

jaría a Florida para conocer la ternura de aquel contador divorciado. Volvió a explicarle su vida, esta vez indirectamente. Escribió:

Tengo una percepción cínica del poder debida, sin duda, a mi trabajo actual. Es probable que no hayas oído hablar de la Oficina de Visas y Registros, u OVR, para abreviar. Está ubicada en la calle Ogaryova, en Moscú, URSS. Podría enumerarte alguna de las innumerables atrocidades burocráticas de la OVR, aunque nadie las conoce todas. Pero podría darte una lista de nombres de todos los criminales que la integran, desde las oficinistas –Yefimova, Korolova, Akulova, Arkhipova, Izrailova–, todas ellas en la calle Kolpachni, en una oficina liderada por Zolotukhin, asistente del coronel Smyrnov, quien está bajo las órdenes de Ovchikov, que es el segundo del general Viryein; solo Viryein y Ovchikov no están en la calle Kolpachni, sino en la oficina central –el MDV, en el Ministerio del Interior–, en la calle Ogaryova. Algún día, todos los judíos soviéticos escaparán de la tela de araña tejida por toda esta gente y serán libres. Por favor, explica a papá que esta es una de las mayores prioridades de mi vida en este momento de mi historia personal. ¿Crees que Joel Zaretsky puede compartir semejante visión?

Inmediatamente después de terminar la facultad de leyes, Puttermesser ingresó en el estudio de abogados Midland, Reid y Cockleberry. Era un estudio señorial de Wall Street y a Puttermesser, que había sido contratada por su inteligencia y por su industriosa laboriosidad (léase, digna de un inmi-

grante), le asignaron una oficina posterior dedicada a buscar jurisprudencia para los casos que llevaban los hombres de las oficinas con vista a la calle. Aunque era judía y mujer, no sentía que la discriminaran demasiado: la oficina posterior era principalmente el taller del auténtico trabajo pesado y en consecuencia de los jóvenes explotables. A menudo, allí dentro las luces se apagaban a las tres de la mañana. Era cierto que el podio de la facultad de leyes te ponía en el peldaño más bajo de la escalera del mundo real de la jurisprudencia. Lo maravilloso era la existencia de la escalera misma. Y aunque era la única mujer, Puttermesser no era la única judía. Cada año tres judíos ingresaban en la trastienda de Midland y Reid (fueron cuatro el año en que ingresó Puttermesser, lo que significaba que, al verla, pensaron más en su condición de mujer que en la de judía). Cada fin de año se marchaban tres judíos, no siempre los mismos tres que habían ingresado ese año. La hora del almuerzo era un momento difícil. La mayor parte de los jóvenes iban a uno o dos gimnasios cercanos para ejercitarse; Puttermesser comía en su escritorio lo que había traído en una bolsa de papel, en compañía de otros judíos, y eso era lo extraño: los jóvenes judíos parecían tan interesados en las canchas de squash como los otros. Por desgracia, los gimnasios no les permitían la entrada y también eso era prodigioso. Los jóvenes judíos eran indistinguibles de los otros: compraban los mismos trajes en las mismas sastrerías, usaban exactamente las mismas camisas y los mismos zapatos, se cuidaban de evitar las mismas trabas de corbata y llevaban el pelo bastante más corto que los hombres salvajes de la calle, pero un poco más largo que los mojigatos de los bancos.

Puttermesser recordaba lo que Anatole France dijo de Dreyfus: que era el mismo tipo de persona que los oficiales que lo habían condenado. “Si él hubiese estado en el lugar de ellos, se habría condenado a sí mismo.”

Pero sus acentos distaban de ser idénticos: la “a” era ligeramente más nasal; la “i” con su elongación delatora se había esparcido hacía tiempo desde Brooklyn hasta Great Neck, desde el Bronx de Puttermesser hasta Scarsdale. Esas dos influyentes vocales tenían la escalofriante facultad de descalificarlos para un ascenso. Los jugadores de squash, entretanto, fueron trasladándose desde sus oficinas posteriores a las del frente. Uno o dos de ellos fueron entrenados –cepillados, alimentados con terrones de azúcar y guiados por las narices, como caballos de pura sangre– para llegar a ser socios del estudio: los llevaban a almorzar con clientes delgados y dóciles, pasaban una tarde en el salón de banquetes de uno de los grandes bancos elegantes y, muy pronto, desarrollaron las mejillas cremosas y las blandas costumbres de los que siempre están a gusto.

Los judíos, en cambio, se tornaban más ansiosos, susurraban maliciosamente en grupos alrededor de los mingitorios (Puttermesser podía oír, en el baño de damas contiguo, los quejosos rumores que resonaban en las cañerías), se volvían perfeccionistas y rigurosos, reñían acremente, agitando los índices acusatorios, acerca de cuestiones de principios y, al fin y al cabo, empezaban a verse y a actuar menos como atletas universitarios retirados y más como judíos. Luego se marchaban. Se marchaban por decisión propia; nadie los echaba.

Puttermesser también se marchó, cansada de tanta caballería; los socios del estudio en particular eran excesivamente atentos con ella y la trataban como a una aristócrata más. Puttermesser suponía que esto era porque ella no pronunciaba la “a” nasal ni arrastraba su “i”, y por sobre todas las cosas, sus “t”, “d” y “l” no eran dentales y las pronunciaba a todas contra el paladar superior. Hacía mucho tiempo, su pronunciación había sido normalizada por la insistencia de maestras fanáticas, misionarias de la locución traídas del centro del país por la escuela secundaria modelo a la que concurría Puttermesser, que borrarón toda huella de regionalismo; si no fuese por el ritmo de sus sílabas, que tenía una deliberada acentuación neoyorquina, Puttermesser podía provenir de cualquier parte. Era tan norteamericana como su abuelo, que solía usar un gorro de capitán. Desde Castle Garden hasta las azuladas neblinas de Nueva Inglaterra (¡el padre de su padre era un vendedor ambulante de gorras y bufandas de los Yankees!). Por las venas de Puttermesser corrían Providence, Rhode Island. A ella le parecía que esto no había pasado inadvertido a los socios del estudio.

Luego recordó que Dreyfus hablaba un francés perfecto y era un francés perfecto.

En su despedida, la llevaron a un restaurante público –los clubs a los que pertenecían los socios del estudio, le explicaron, no admitían mujeres– y se disculparon con ella.

–Lamentamos perderte –dijo uno.

–No tendrás un candidato para la carpa, ¿eh? –dijo el otro.

–¿Qué carpa? –dijo Puttermesser.

–El palio nupcial –dijo el socio guiñando un ojo–. ¿No los hacen de piel de oveja...? No recuerdo bien.

–Es una costumbre interesante. He oído que ustedes también rompen platos durante la boda –dijo el otro de los socios.

Fue un almuerzo antropológico. Exploraron los ritos de su tribu. Ella no sabía que para ellos era una persona extraña. Los cuidados modales de ambos socios tenían la cautela que suele adoptarse cuando se visita el interior salvaje: ¿El doctor Livingston, supongo? La saludaron con un apretón de manos y le desearon suerte, y en ese momento, al tenerlos tan cerca, con las caras húmedas y los surcos de las sonrisas que nacían de los lados de sus narices con forma de bizcocho, perforadas por dos angostas y parejas narinas, Puttermesser se sorprendió al advertir lo extraños que eran ellos, con tantos martinis dentro de sus vientres y sus modales tan cuidados aun cuando estaban borrachos y, aunque ellos eran importantes y ella insignificante, habían ejecutado la bella ceremonia que significaba llevarla a ese lugar forrado de alfombras. Tenían ojos azules. Sus cuellos estaban limpios. ¡Qué bien afeitados estaban!... como si fueran completamente lampiños. Sin embargo, tenían pelos enruados dentro de las orejas. Dejaron que ella se llevara todos sus blocs de notas con su nombre impreso. A Puttermesser le impresionaba su cortesía, su benevolencia, que casi siempre le permitían lograr lo que se proponían. Ella les había brindado tres años de investigación meticulosa y anónima, noches y noches enteras en busca de precedentes, fechas, causas perdidas, políticas caducas; por ellos, se había entregado a aquellas deses-

perantes migrañas matinales y el aumento de casi la mitad de las dioptrías en ambos ojos. Los estudiantes brillantes suelen ser buenos asistentes. Los socios se mostraron conformes con ella, pero no lamentaban tanto su partida. Era reemplazable: esa misma mañana habían contratado a un negro inteligente. A fin de cuentas, el palacio al que la habían conducido les pertenecía por derecho divino: en él creían y por él actuaban. Eran benevolentes porque podían permitirse la benevolencia.

Luego entró a trabajar en el Departamento de Ingresos y Gastos. Su puesto era el de Asesora de Asuntos Jurídicos; no tenía sentido alguno, solo era parte de la sublengua sobre la que descansa la burocracia. Muchos de los que ostentaban ese título eran italianos y judíos y otra vez Puttermesser era la única mujer. En esa gran oficina municipal no había ceremonias ni modales: todo era gritos ensordecedores, empleados ignorantes, sordidez, basura en el suelo, libros ajados cubiertos de mugre. El baño de damas apestaba: las mujeres orinaban de pie y la orina caliente salpicaba los asientos de los inodoros y se derramaba sobre las baldosas sucias.

Los sucesivos jefes de ese departamento se llamaban comisionados. Eran todos funcionarios políticos; alimañas en busca de prebendas. La propia Puttermesser no era enteramente una funcionaria pública, pero tampoco dejaba de serlo por completo: era una de esas criaturas anfibas que oscilaban entre el más vulgar de los desprecios y la más pura de las decencias. Pero no tardó en sentir la ignominia de pertenecer a ese mezquino enjambre de empleados municipales desoladamente refugiados en sus celdas de la colmena de la Alcaldía. Era un lugar monstruoso, gris por doquier,

repleto de túneles, con cientos de corredores, escaleras y recovecos, una suerte de purgatorio sobrepoblado en el cual resonaban como relinchos las vocecitas de los funcionarios que peleaban entre sí. Al mismo tiempo, siempre se oían extraños ruidos campestres: en el verano, el continuo rumor de los aparatos de aire acondicionado que parecían grillos; en invierno, los chillidos y los graznidos de las viejas estufas. Sin embargo, las ventanas eran amplias y altas y espléndidamente iluminadas; se abrían a la parte baja de Manhattan, que se revelaba, hasta el Battery Park, como la isla que era, cubierta por capas de lava seca de distintas formas; rectángulos sobre cuadrados y cuadrados sobre agujas. A mediodía, las oscuras campanadas de Saint Andrews retumbaban con sus tañidos salvajes y majestuosos.

Para Puttermesser, todo esto significaba que había descendido en el mundo. Allí ya ni siquiera era una curiosidad. Nadie reparaba en la presencia de un judío. A diferencia de los socios de Midland y Reid, los comisionados no se mezclaban con sus subordinados y rara vez se los veía. Eran, por el contrario, como reyes encerrados en su torre y sobre ellos circulaban cientos de rumores.

Pero Puttermesser descubrió que, en la vida de la Alcaldía, todos los rumores eran ciertos. Los presuntos tráfugas resultaban ser tráfugas genuinos. Todos los ataques murmurados se confirmaban: cuando se decía que un funcionario estaba a punto de caer, caía. Hasta entonces, Puttermesser había durado dos elecciones, había visto a los poderosos volverse inofensivos y a los otrora insignificantes inflarse como globos gigantes de un día para el otro para

absorber la victoria del corto plazo. Cuando arrasaban una gestión, por un tiempo se solían anular también todas sus prácticas y todo lo que oliera a “antes” o a “las viejas costumbres”. Pero eso no duraba mucho. Los primeros brotes de innovación se extinguían y poco a poco las viejas costumbres regresaban, cubriéndolo todo, como maleza; parecía que el edificio y quienes trabajaban en él formaran un inexorable organismo vegetal que tenía sus propias leyes de subsistencia. Los empleados públicos eran la maleza, nada los destruía, eran más fuertes que el asfalto, más fuertes que el tiempo. La gestión podía quedar patas arriba, expulsando a una manada de devoradores de recursos y atrayendo nuevas manadas: el trabajo seguía su curso. Podían colocar nuevas alfombras en la flamante oficina del subsecretario o un baño privado en el nuevo despacho del comisionado y colocar focos de menor voltaje en la sala de los empleados y diseñar un nuevo y extravagante colofón para un nuevo e inútil documento; podían hacer lo que quisieran: el trabajo continuaba como antes. El organismo respiraba, se bastaba a sí mismo. De modo que el comisionado no podía hacer nada y lo sabía, y el organismo también. El comisionado cobraba un cuantioso salario por cerrar su puerta y por limpiarse las uñas tras ella con una de las relucientes extensiones de su costoso cortaplumas suizo, por tener una secretaria que maltrataba a todos y por hacer docenas de llamadas telefónicas por día.

El actual jefe era un playboy rico y tonto que había aportado fondos para la campaña del alcalde. Todos los funcionarios de alto rango de cada departamento habían aportado

fondos para la campaña del alcalde o bien eran cortesanos que se habían humillado ante él en las reuniones partidarias, adulando mayormente al líder del partido, quien antes de cualquier votación ya era una suerte de alcalde informal y dictaba las listas de la clientela política. Pero el actual comisionado no tenía deuda alguna con el líder del partido porque había donado dinero para la campaña del alcalde y había sido elegido por este; de todos modos, jamás se habría acercado demasiado al líder del partido porque no le gustaban los italianos. El líder del partido era un napolitano señorial llamado Fiore, presidente del directorio de un banco; a pesar de ello, no era más que un italiano y el comisionado solo respetaba a los banqueros de ojos azules. El comisionado usaba su teléfono para organizar almuerzos con ellos y a veces partidos de tenis. Él mismo era un Guggenheim de ojos azules, un judío alemán, pero no pertenecía a la rama de los grandes filántropos Guggenheim. El apellido era una astuta abreviatura (en realidad su apellido era Guggenheimer) y era lo bastante rico para ser tomado por uno de los verdaderos Guggenheim, que lo consideraban un arribista y no querían tener relación alguna con él. La opulencia requiere discreción; lo despreciaban con tanta discreción que casi nadie se enteraba, ni siquiera el Rockefeller que había conocido en Choate.

Este comisionado era un hombre apuesto y tímido, todavía joven, y aficionado a los veleros; los fines de semana usaba zapatillas y cultivaba la amistad de las dinastías, los Sulzberger y los Warburg, que le permitían comer con ellos pero advertían a sus hijas que no lo frecuentaran. Había

abandonado dos universidades y finalmente se había graduado de una tercera, mediante el recurso de contratar los servicios de un equipo que le preparaba los exámenes. Era inofensivo y simplón, todavía veneraba la memoria de su inteligente padre y las conferencias de prensa lo aterrorizaban. No entendía nada: la apreciación del arte había sido su tema favorito (lo atraían los desnudos del Renacimiento); la economía era su punto débil. Si alguien preguntaba “¿Cuánto invierte el gobierno de la ciudad por día?” o “¿Existe alguna prohibición constitucional para la recaudación de impuestos de quienes trabajan en la ciudad pero viven en los suburbios?” o “¿Qué opina acerca de las propiedades eximidas de impuestos?”, se le hacía un nudo en la garganta, empezaba a gotearle la nariz y se limitaba a decir que no tenía tiempo y que dejaba que respondiese el director del Tesoro. A veces hasta llamaba a Puttermesser para que le diera la respuesta.

Ahora bien, si este fuera un retrato optimista, es exactamente en este punto donde la vida emocional de Puttermesser comenzaría a tomar vuelo. Su biografía avanzaría románticamente, el rico y joven comisionado del Departamento de Ingresos y Gastos se enamoraría de ella. Ella lo convertiría a la inteligencia y a la causa de la judería soviética. Él abandonaría las excursiones en velero y dejaría de correr detrás de los aristócratas. Puttermesser terminaría su historial laboral abruptamente y se mudaría a una mansión en un suburbio elegante.

Pero nada de esto podía ocurrir. Puttermesser seguirá siendo una empleada en la Alcaldía para siempre. Contemplará eternamente el puente de Brooklyn a través de las ventanas

de su oficina; también atardeceres gloriosos que le producirán raptos de religiosidad. No se casará. Quizá mantendrá una larga relación amorosa con Vogel, el director del Tesoro; tal vez no.

El problema con Puttermesser es su fidelidad a ciertos ambientes.

Mientras trabajaba en el edificio de la Alcaldía, Puttermesser tenía un sueño fastuoso, un sueño de *gan eyden*, un término y un concepto que le había proporcionado su tío abuelo Zindel, ex *shammel* en una *schul* que había sido demolida. En ese Jardín del Edén reconstituido, es decir, en el Mundo que Vendrá, Puttermesser, que no padecía ninguna incertidumbre cotidiana en el Mundo Presente, tenía una mayor certeza de sus propósitos. Con su debilidad por los dulces (otras personas de su edad, de su clase y de su carácter habían progresado hasta los martinis o, al menos, hasta el *ginger ale*; Puttermesser aún bebía helado con coca cola, despreciaba los caramelos de menta por considerarlos demasiado fuertes, evitaba los canapés de hígado, se desesperaba por los chokolatines, los caramelos Kraft, los Mary Janes, los Milky Ways, las garrapiñadas, e inmediatamente después se cepillaba con furia los dientes, tratando de remover la culpa), con toda su desagradable autocomplacencia, era sin embargo muy delgada y nada irónica. O mejor dicho: postular una vida después de la muerte era su única ironía, un juego mental no demasiado distinto de la experiencia de disolver un caramelo contra el paladar.

Allí, sea como fuere, Puttermesser solía sentarse en el Edén, a la sombra de un árbol mediano, en el sólido calor del

corazón infinito del verano, rodeada de verde, verde, verde por doquier, verde arriba y verde abajo, con su cuerpo brillante y glorificado por el sudor, con toda inquietud anulada y la fecundidad descartada. Y allí, tal como lo imaginaba, Puttermesser *comprendería*. Al alcance de su mano izquierda, la caja de caramelos (parecidos a los caramelos que se fabricaban en la clase de cocina de octavo grado y que se vendían a los alumnos más pequeños, en P. S. 74 del Bronx, hacia 1942); al alcance de su mano derecha, una pila de libros de una biblioteca pública, porque la sucursal de Crotona Park había ascendido al Edén intacta, sin bibliotecarios ni multas, pero con sus deliciosas fragancias a cola de encuadernar intactas.

Allí se sienta Puttermesser. Día tras día celestial, la perfección del deseo sumada a la contemplación perfecta, en las exaltaciones de una eternidad ininterrumpida, come caramelos con forma humana (antaño conocidos como –es inútil negarlo– “negritos”), o caramelos cuadrados (y en el Edén no hay caries); y lee. Puttermesser lee y lee. En el Paraíso sus ojos no se cansan nunca. Y aunque aún no sepa qué quiere solucionar, solo tiene que seguir leyendo. La sucursal de Crotona Park es tan paradisíaca en el Cielo como en la Tierra. Lee antropología, zoología, físico-química, filosofía (en el aire verde del paraíso, Kant y Nietzsche juntos se transforman en astillas de cristal). La sección de libros nuevos es incomparable: Puttermesser aprenderá todo acerca del ligamiento genético, acerca de los *quarks*, acerca del lenguaje de seña de los primates, teorías sobre el origen de las razas, religiones de las civilizaciones antiguas y sobre el sentido de las ruinas de Stonehenge. Puttermesser leerá libros de no ficción

durante toda la eternidad; ¡y todavía le quedará tiempo para la ficción! El Edén está equipado, en primer lugar, con un tiempo infinito, de modo que Puttermesser leerá al fin todo Balzac, todo Dickens, todo Turgueniev y todo Dostoievsky (su doble mortal ya leyó todo Tolstoi y todo George Eliot); al fin Puttermesser leerá *Kristine Lavransdatter* y la estupenda trilogía de Dimitri Merezhkovski, leerá *La montaña mágica* y toda la *Fairie Queene* y cada verso de *El anillo y el libro*, leerá una biografía de Beatrix Potter y una de Walter Scott en muchos volúmenes fascinantes y una de Lytton Strachey, ¡al fin, al fin! En el Edén, la insaciable Puttermesser será alimentada, si no atiborrada. Estudiará Derecho Romano, las variedades más arcanas de la matemáticas, la composición nuclear de las estrellas, lo que ocurrió con los monofisitas, la historia china, rusa e islandesa.

Pero entretanto, todavía viva, no trasladada aún a la esfera celestial y con sus días entregados al reinado sombrío de un comisionado playboy, Puttermesser solo aprendía hebreo.

Dos veces por semana, de noche (al parecer), tomaba lecciones con el tío Zindel. El autobús atravesaba barrios descascarados, las vías del tranvía a veces brillaban a través de una grieta en el asfalto como malezas que esperaran el momento de renacer. Puttermesser recordaba con nostalgia los tranvías de su infancia: en el verano, los vagones avanzaban como balanceándose como pequeños carnavales rodantes, con los lados alambrados que dejaban pasar el viento caliente y los pasajeros transpirando serenamente en los asientos. No sucedía lo mismo con este autobús, que era cerrado como una cápsula protectora contra los conventillos circundantes.